

CANTOS PARA  
DETENER LA LLUVIA





Oh devil  
Hide amongst the reeds  
And water  
The bodies under me  
**TALOS, *LANDSCAPES***

La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre.

**JOSEPH CONRAD, *EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS***



Llueve.

El llanto de un niño espanta a las lechuzas.

«No es cierto que Dios nos ame», dice alguien. Las mujeres caminan por el bosque, tropiezan con las raíces de los árboles mientras las luces del pueblo parpadean por detrás, entre la enramada, como ojos que amanecen. En algún lugar se escucha el correr furioso del agua sobre basamentos de piedra, pero el sonido se pierde cuando el viento agita los brazos de los yuyos. La madre, agotada de tanto andar, siente al niño dormir entre la turgencia de sus pechos, con un rastro de leche en la comisura de la boca. Se ha tragado un espíritu neblinoso. Mientras remontan la pendiente y esquivan nubes de moscas ahí donde ha caído el cuerpo de algún animal, le toca el rostro con el reverso de la mano y por un instante tiene la impresión de que ronroneara como un gato.

De que ardiera como una brasa.

Dicen que el calor es la señal de que se van acercando.

No avanza a ciegas. Lleva una lámpara en la mano con la que aleja la oscuridad circundante. Tanto adentrarse en las sombras y aún no aprende a deshacer el miedo. A doblegarlo. Tropezaba con las cosas del mundo porque no ha

aprendido a ver sin necesidad de una guía y porque la luz de la lámpara no es suficiente para iluminar el bosque que se abre por delante como una boca inmensa preparada para tragárselo todo. A ellas también.

A unos pasos de distancia, otras madres ascienden por el sendero de fango. Algunas miran al frente. Otras sollozan y amamantan a sus hijos. Están aquellas que simplemente se ataron los cuerpos cálidos de los guaguas a la espalda con sábanas o mantones, y ahora usan las manos para hender la penumbra nocturna con sus candiles, como si buscaran algo, un lugar seco donde apoyar el cuerpo. En medio de los árboles, las luces bailan. A ella le parecen luciérnagas que han bajado a planear entre las ramas de los yaguales descascarados.

Algo murmura y saben que es el bosque. Se extiende por encima de todo, forma túneles de oscuridad que las mujeres atacan con la fuerza de sus lámparas. El constante rumor de las copas en colisión, el rugido brutal del agua en cauces desbordados, el aroma de las hojas empapadas bajo sus pies, el agua incesante que lo llena todo. Y el frío.

Todo eso le pone duros los pezones. Nunca se ha adentrado tanto en el monte y menos después de la puesta del sol. Las casas están construidas lejos de la linde, separadas por cercas, por extensiones de pasto húmedo. En el pueblo nadie se aproxima cuando está oscuro, nadie pone las manos sobre el alambrado. Todos saben que algo merodea ahí, entre las plantas.

Algo que mata a los corderos.

La madre mira a su guagua y recuerda. Un resoplido, un tintineo de cristales y la cabeza: aquella redondez albina convertida en sonaja, en urna de cuentas brillantes. Ella

miraba a su cordero con los ojos abiertos, fijos en el bosque, en el camino de tierra por el que todas subían el monte. Las pezuñas que rasgaban el aire y escribían en una lengua secreta. El cuerpo en tensión, patas arriba, y la cabeza dando tumbos sobre el césped encharcado. Lo recordaba con claridad espantosa. Había salido corriendo tras escuchar el balido desesperado, el sonido estremecido que emergía igual a un trueno del interior amado de su animal, perdiéndose en la noche entre el chillido de los caballos y los cerdos y el crepitar insoportable de la lluvia. Había salido corriendo y de pronto vio algo que luego no supo precisar. Algo parecido a una sombra viva, o eso fue lo único que atinó a decir cuando le preguntaron. Fugaz como el roce de una cosa leve sobre el agua, la sombra se escurrió entre las matas, entre los cuerpos podridos del maizal que bajaba ahogado hacia la curtiembre, despidiéndose en la agitación de las plantas. Un olor a tierra removida, a tierra húmeda, a tierra fresca. Y la cabeza que giraba sin parar, con los ojos abiertos. Esta vez había sido su cordero, pero sabía de otras cabezas. Las mujeres del pueblo se lo contaron en medio de sus llantos.

«Ese es el precio que pagamos», dijeron.

Pero ahora caminan.

Al principio ascienden en grupos. Luego, cuando el terreno se angosta y se empina, en fila, unas detrás de otras, sobándose las tetas henchidas de leche. Todavía pueden alimentar a sus hijos, pero en unos días estarán secas. Todas saben que pronto comenzará el hambre. Que la lluvia se lo llevará todo. Que tendrán que acostar a los niños con el estómago vacío y observarlos no despertar. Por eso suben el monte.

El guagua ronronea contra su pecho y la madre siente el deseo inminente de introducirse por la vagina; de

retroceder el tiempo hasta que sea de nuevo del tamaño de un tocte, de una uvilla o un capulí; apenas un huevo minúsculo, más pequeño que el de un sapo. Un huevito que se vaya flotando de regreso por el tibio caudal de su interior hacia una penumbra más segura. Porque lo sabía. Sabía que tendría que hacer el viaje, que la inundación estaba cerca.

Todas lo sabían y, sin embargo, habían parido.

Ahora caminan arrastrando los pies, cuchicheando entre sí. El aliento se les pierde en volutas contra el negro infinito y parece que dejen trozos de sí mismas a cada paso. Desearían no saber. Que el camino se alargara indefinidamente. Que existiera un remedio. Pero lo único que dicen es que no es cierto que Dios nos ame. El silencio del bosque es como la contención, como si una criatura inmensa aguantara el aliento. Solo escuchan el agua retumbar, después del diluvio de la mañana: el agua rezumar entre las piedras, entre los tallos, entre las raíces de los árboles torcidos. El agua... El agua por todas partes.

Algunas mujeres lloran cuando ven la casa, cuando se abre el bosque y asoma el lugar por el que han caminado tanto. El follaje se inclina sobre la vieja estructura, parecida más a la de una cabaña que a la de un lugar de rezos. Cabaña de madera oscura. De madera mojada, oscura por la humedad. Los yaguales sobre ella son manos de dedos chuecos. Alguien, la mujer que resuella porque carga al mismo tiempo con su cría y su nueva preñez, toca la puerta con una mano huesuda y mojada. Las demás aguardan con los oídos llenos de la lluvia que cae sobre el techo de latas, mientras la garúa las va empapando lentamente por todas partes. Han venido hasta aquí en busca de alivio, con sus criaturas en brazos, con sus cuerpos pequeños bajo espesas

capas de tela. No hay otro modo: le han rezado al Señor pero el Señor está mudo. A ratos les parece que en el eco del aguacero se esconde el bisbiseo de una risa contenida.

Poco después una mujer aparece bajo el umbral de la casa. Se presenta de pie, erguida contra el resplandor de los fuegos que crepitan en el interior y les dice que se acerquen. Que pasen. Que hace frío, aunque dentro de sus mantas los niños arden en sueños.

Así, una a una, van entrando.

Ocupan los bancos de piedra. Adentro hiede a incienso y a papel quemado. A sudor y leña. En la estrechez del recinto, los retablos se derriten a la luz de las velas y el pan de oro es la piel volátil de yaguales torcidos con rostros de corteza. Hay también montañas y volcanes y caballos de ojos quietos. La madre se sienta en una de las butacas de la primera fila y acuna a su bebé. Lo cubre con su chal. Quiere evitar que el resplandor de las llamas le arrebatase el sueño. O quizá esconderlo de las miradas de las otras madres que yacen de pie, silenciosas, y llenan el resto de filas. Pero es inútil. La mujer ocupa el altar, levanta las manos y todas cantan. La música surge de sus bocas como si otra voz cantara a través de ellas. A muchas les parece escuchar un rumor de caballos en la distancia. Un rumor de cascos que suben las pendientes, como si sus hombres llegaran levantando el agua, con los sombreros estilando y las manos en los revólveres. Pero el rumor pasa y el silencio se asienta. Sus hombres se acurrucan lejos de ahí, asustados, en la oscuridad de los cuartos.

Las mujeres continúan cantando. Sobre sus cabezas: el repicar de la lluvia, la sombra de las ramas; y el bosque se llena con el llanto de los niños. Al pueblo solamente llega

una reverberación extraña que se extiende sobre los charcos donde se ahogan los cultivos y de pronto el cielo se abre y deja de llover mientras algo se pasea entre las alambradas y olfatea el aire.

«Este es el precio que pagamos», cantan.

Cuando la mañana diluye las sombras, las mujeres abandonan la casa con sus hijos en brazos. Todo rezuma humedad. El sol toca los bordes de los cerros y los tiñe de rojo. Un arroyo, en algún lugar, llena el bosque con su canción de aguas mansas.

La madre desciende la ladera sin su hijo.

Una figura pequeña atraviesa la espesura en busca de carne.